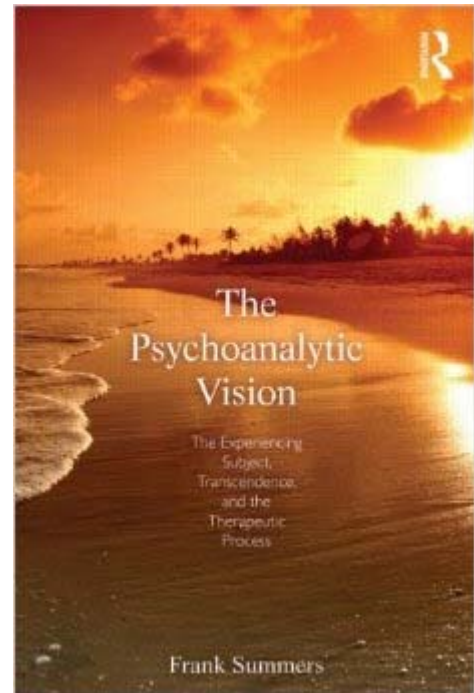


The Psychoanalytic Vision. The Experiencing subject, transcendence, and the therapeutic process

Frank Summers

New York: Routledge.

Original de 2013



Reseña de Carlos Rodríguez Sutil

SOBRE EL NACIMIENTO DEL SUJETO

La obra de Summers de la que voy a hablar a continuación, y no propiamente a resumir, se estructura en tres partes: teoría, clínica, y cultura y terapia. Muestra una extrema familiaridad con el pensamiento psicoanalítico contemporáneo y con la filosofía anticartesiana, sobre todo de Husserl y Heidegger, cuyos textos domina y cita en abundancia de manera pertinente. Por ello es comprensible que proponga que el método de Freud era predominantemente hermenéutico, aunque desde el punto de vista teórico intentará fundamentar el psicoanálisis en la ciencia neurológica y la doctrina pulsional. Los prejuicios psicoanalíticos derivados de la teoría son muy difíciles de erradicar porque todo comportamiento del paciente que surja después de una interpretación, interpretación elaborada a partir de algún concepto teórico (el complejo de Edipo, la teoría de la represión, las explicaciones sobre la resistencia), será siempre explicado de acuerdo con el elemento teórico esgrimido.

En el primer capítulo se nos ponen ejemplos clínicos de este fenómeno que no pertenece en exclusiva al psicoanálisis clásico, freudiano o kleiniano. El error de esa postura no radica exclusivamente en un prejuicio teórico, dice Summers, sino en el propio supuesto de que el psicoanálisis posee un corpus de conocimientos, el error deductivista de que la evidencia se puede encontrar en el material clínico (pp. 10-11). Este error consiste en pensar que el “conocimiento” adquirido debe ser aplicado en todos los casos, lo que lleva a malentender la experiencia del paciente en el aquí y ahora. Frente a estos riesgos propone el psicoanálisis hermenéutico.

Los analistas hermenéuticos consideran que es la experiencia del paciente, y no la teoría del analista, la que debe dirigir el proceso:

La atención se centra en la revelación del significado individual mediante la aplicación de reglas interpretativas, en lugar de buscar un contenido concreto. En esta forma de interpretar dentro de la indagación analítica, la teoría es un heurístico que se utiliza para facilitar la comprensión de las vivencias del paciente, más que un corpus preestablecido de conocimientos. (p. 11)

Ferenczi, por ejemplo, aunque siguió utilizando la teoría de la libido, le dio un sentido amplio que le permitió atender a aspectos de sus pacientes que poco tenían que ver con los conflictos edípicos. Tanto él como su discípulo Balint opinaban que la disposición del analista a responder y acoger al paciente era un factor terapéutico de primer orden.

Los grandes analistas de diferentes orientaciones teóricas han sido capaces de superar en la situación concreta de la clínica sus supuestos teóricos, como Kohut o como Rosenfeld. En lugar de insistir en sus constructos teóricos, adaptaron la técnica a lo que estaban escuchando de sus pacientes, por ello la técnica de ambos puede coincidir en muchos aspectos, a pesar de sus grandes diferencias teóricas, desplazándose de una actitud interpretativa a otra más centrada en la contención y la acogida, al *holding*, tal como lo definió Winnicott. El proceso analítico, por tanto, se centra en las vivencias de paciente y analista, más que en la teoría del analista. Tal vez, se podría entender, la teoría es útil al analista para estructurar sus intervenciones, siempre que se halle dispuesto a modificarla de forma permanente o, incluso, renunciar a ella cuando la cosa no funciona. Este es el *uso heurístico* de la teoría al que Summers se refiere en este capítulo

El punto de vista del analista no tiene por qué ser necesariamente superior al del paciente. Por ejemplo, cuando el paciente pone sobre mi persona una imagen idealizada de alguien con grandes conocimientos acumulados me gusta responder que, indudablemente, llevo muchos años trabajando en la clínica y he leído muchos textos que me han resultado de ayuda, pero que la tarea terapéutica es de ambos y él o ella tiene que ser más experto que yo sobre su propia persona, por lo menos, y, añadido, que cada terapia es diferente y exige de mí un nuevo aprendizaje. Pero nuestra “declaración de fe” relacional no nos libra del riesgo de adoptar una posición de dominio. Así, volviendo a Summers, leemos:

Aunque la teoría relacional ofrece una apertura teórica ante la experiencia del paciente, el riesgo está en que el acento en el uso de nuestra propia experiencia propicie la posibilidad de que dicha revelación y participación activa, en general, interfiera más en la propia autoexpresión vivencial del paciente de lo que ocurre en otras orientaciones teóricas. El riesgo no es la imposición teórica, como en otros enfoques, sino una intrusión de la propia vivencia del terapeuta. (p. 15)

El sujeto del análisis, concluye, es el sujeto en sus vivencias que incluyen todos los niveles conscientes e inconscientes. Este sujeto es la fuente de la verdad analítica y su árbitro.

Quizá la tesis más definitoria de este libro y de la postura teórico-práctica de Frank Summers se deriva de su definición de que el objeto del psicoanálisis no es la conducta ni ningún indicador observable de la misma, como afirma en el capítulo segundo, sino la experiencia del sujeto. Acusa a la psicología académica de “objetivismo”, por centrarse sólo

en lo que puede ser medido, y establece en consecuencia una oposición objetivo/subjetivo a la que hace equivalente a mensurable/hermenéutico o mensurable/sentido. Los argumentos críticos hacia la cultura objetivista y sus peligros son ilustrados con ejemplos inspirados en la actualidad política y social. Conductas socialmente poco honradas por parte de grupos e instituciones, como aquellas que han dado origen a la gran crisis económica que aún padecemos.

En primer lugar, dice Summers, el principio de que la realidad es cantidad no se mantiene porque él mismo no es cuantificable. El argumento recuerda los que se han apoyado en el *Tractatus* (3.328) de Wittgenstein para criticar determinados usos de la “navaja de Occam”, según la cual los elementos de una teoría -o de un sistema de la lógica- no deben incrementarse sin necesidad. Si un signo no tiene uso tampoco tiene significado, pero la navaja de Occam se cancela a sí misma pues carece de significado, no se refiere a ninguna realidad externa al sistema de signos.

Posiblemente el recurso a Wittgenstein habría ayudado a plantear algunos de los problemas del psicoanálisis actual con mayor precisión y claridad, si bien la delimitación de campos que nos ofrece es correcta en lo esencial, apoyándose en filósofos como los antes citados así como en numerosos autores analíticos. Por tomar el ejemplo reciente, la oposición mensurable/sentido es en gran medida engañosa. Frente a los defensores de la medida objetiva, que Summers critica con justicia, nada nos obliga a mantener que nuestro objeto de estudio sea subjetivo u oculto, sino que el sentido es público o no es. El sentido es tan objetivo como cualquier otra realidad, múltiple o probabilística, aunque no sea mensurable. Si seguimos el hilo de los ejemplos que sustentan su razonamiento, en cuanto a conductas deshonestas, se puede pensar que en cierta medida confunde “objetivista” con “materialista”, así en la página treinta utiliza la expresión “*American materialist/objectivist/culture*”. Pero de ese riesgo probablemente no esté libre por completo el psicoanálisis. Afirmar que el psicoanálisis se opone al objetivismo dominante en la época y la cultura actuales puede ser acertado. Pero sospecho que exagera un tanto cuando llega a decir (p. 28) que el analista se ha convertido en un guerrillero que intenta reafirmarse contra un enemigo que quiere destruir su esencia. Esto sólo lo podrán afirmar unos pocos profesionales, sobre todo, aunque no exclusivamente, aquellos que, psicoanalista o no, trabajan en centros comunitarios por un sueldo medio o bajo y no cobran directamente a los pacientes por sus servicios.

La responsividad que preconizaban tanto Fairbairn como Balint, que desde luego es un factor terapéutico de primer orden, no encaja de forma tan directa como parece sugerir Summers con la posición hermenéutica. Más bien se trata de una deducción teórica, frente a las que parece estar en contra, que se deriva de las teorías del apego y de concepciones como la “falta básica” de Balint o las necesidades evolutivas de Winnicott, a quien también cita. Es decir, si pensamos que el paciente requiere en la mayoría de los casos una acogida cálida que suponga una aceptación y satisfacción de necesidades evolutivas es porque la experiencia (también la investigación con bebés y niños pequeños) nos ha enseñado que estas necesidades se encuentran en la problemática relacional de muchos niños y adultos, en especial aquellos que acuden a nuestras consultas. (Sin embargo, qué pasa cuando la acogida que espera y necesita el paciente es de rivalidad y lucha).

Winnicott ocupa un lugar destacado en el pensamiento de Summers, como en la mayoría de los autores relacionales, al conceder un lugar significativo al desarrollo temprano

del self para la comprensión del ser humano. Se nos recuerda la cita ya clásica: Cuando el bebé mira a la madre, lo que ve se relaciona con lo que la madre está viendo. Es la mirada de la madre la que permite el desarrollo equilibrado del bebé, como ha analizado Jessica Benjamin – a la que Summers cita - tan detenidamente y con tan buenos frutos. Pero añade:

Para que el bebé se encuentre en la mirada de la madre tiene que verla como un sujeto de experiencia (p. 34).

Conviene recoger aquí la frase de Summers en inglés:

For the baby to find herself in the mother's gaze, she must see the mother as a subject of experience.¹

En el juego hegeliano en el que Benjamin se encuentra – Winnicot quizá también de forma implícita - la identidad del otro como sujeto es concedida por el que podríamos llamar "sujeto originario": desde Descartes, "el yo", aunque se trate de un "yo trascendental". No llego a aceptar que el desarrollo de la identidad del bebé se elabore así, pues, bien mirado, siempre se trata de una concesión "de dentro afuera". Somos llamados por nuestros hábitos de pensamiento a colocarnos en una posición, en el fondo muy artificial o patológica, para poder dudar de que quien te está cuidando sea un sujeto de experiencia. Lo es, por definición, desde el primer contacto, como una vivencia profunda y como transmisor del mismo concepto "sujeto de experiencia". El rechazo que recibo de ese sujeto de experiencia es el que me hace dudar de mi propia identidad. Siempre es necesaria la presencia de ese sujeto "externo" para evitar la disolución de mi propio self, y ese sujeto, o sujetos, se encuentra reducido en número y calidad en las personalidades más deficitarias o primitivas y en las psicosis.

Siguiendo a Margaret Mahler, se observa que a la edad de entre seis y nueve meses se produce la "diferenciación", de la subfase de separación-individuación. El niño toma conciencia de que no puede controlar las idas y venidas de la madre y se ve forzado a admitir que la madre "tiene una mente propia" (*"has a mind of her own"*). Pienso que con esto se quiere decir que en ese momento el bebé descubre que su madre no está bajo su pleno control, pero las rabietas por no conseguir lo que quiere ya se han producido mucho antes (esa "frustración óptima" que tan brillantemente introdujo Kohut, gran experto en narcisismo). No es que el bebé dote a su madre de mente, como si le regalara una bola roja. El propio concepto de "mente individual" es una creación culturalmente dependiente y no un proceso natural como algunas descripciones evolutivas nos pueden hacer creer. Lo que ha cambiado, en realidad, ha sido la locomoción, el gateo. En ese momento se puede hacer evidente una construcción progresiva, y culturalmente condicionada, que se fundamenta en la fragilidad y la carencia. Yo necesito un yo – un otro dentro de mí – cuando me quedo solo. En cambio sí parece que estamos biológicamente condicionados a ver los ojos del otro que me miran como algo cautivador, que nos domina y nos da vida.

... este proceso no tiene que ver sólo con el desarrollo del self, es, al mismo tiempo, la fundamentación de una ética psicoanalítica basada en el reconocimiento y la apreciación de la subjetividad del otro, es decir, una ética que se funda en la empatía. (p. 35)

Uno de los máximos esfuerzos del psicoanálisis relacional se concentra en superar el círculo vicioso de la mente aislada, promulgando la empatía con la que se dota al "tú" de identidad. Pero, con ello seguimos sin librarnos del todo del egocentrismo cartesiano. Pues

seguiría siendo el “yo” todopoderoso el que te dota a “ti”. Bien al contrario, con permiso de Lacan, el acto fundacional es la mirada del otro dotándome a mí de empatía. Pues la empatía es el estado natural y lo patológico es su pérdida. Si ese flujo se interrumpe en una fase temprana, se producirá el estancamiento narcisista. En ese estancamiento deberé reconocermé precariamente a mí mismo y la cantidad y calidad de los “tú” será escasa.

La consideración de los fundamentos del psicoanálisis lleva a Summers, y a nosotros con él, al examen de las implicaciones éticas de nuestra postura. Su paciente John (pp. 39-40) se quejaba de un sentimiento de vacío, sin dirección ni propósito. Su intranquilidad le llevaba a violar los códigos morales para incrementar su sentimiento de excitación, pero con ello lo que conseguía era, bien al contrario, aumentar su vacío interior. Lo que intentó Summers fue hacerle aceptar progresivamente que sus comportamientos poco éticos eran la causa de su vacío y no la consecuencia. Es fácil para el inmoral, plantea, racionalizar su conducta y negar que la transgresión tenga ningún coste. Pero el coste es un self deteriorado difícil de reparar. Ahora bien, no queda muy claro si está proponiendo una nueva moral o bien su esfuerzo va dirigido a reforzar la moral tradicional. ¿Qué pasa cuando la persona está enferma a causa de sus principios éticos? La escisión del self no solo se produce por la doble moral negadora de la inadecuación de la propia conducta, en un sentido “positivo”: aquello que me permito está bien. Sino también, incluso más a menudo, en un sentido “negativo”: no me permito aquello que está mal; cuando esa inhibición es negadora del propio desarrollo y plenitud (de estas cosas habló Nietzsche). En resumen, a veces la respuesta sana es la transgresiva. Esto que acabo de enunciar podría apoyarse en una idea del propio Summers expuesta con perspicacia más adelante (p. 98 y ss.) en cuanto a que debemos guiar nuestras indagaciones no sólo sobre lo que *la persona es* sino también, y muy importante, sobre lo que *la persona no es*, pero desearía ser o podría llegar a ser. El análisis no es una mera indagación del pasado sino una prospección del futuro.

Sin embargo, lo que nos ofrece ahora puede ser una solución moral un tanto ingenua (egocéntrica) cuando sugiere que:

El self que realiza sus capacidades es una fuente de empatía para los demás y de integridad. (...) no es preciso ningún recurso a la religión o a la monarquía para alcanzar lo correcto. La ética emerge del crecimiento del self. (p. 42)

Se inspira en Charles Taylor para proponer una ética individualista. Pero entiendo que la ética nunca es sólo del individuo, la decisión sí, y el último reducto de la decisión será individual, pero la decisión se toma siempre a partir de códigos establecidos. La religión no se espanta con un mero gesto pues hasta su rechazo implica una toma de posición religiosa. Por poner un ejemplo, el resto de esta obra es una defensa, a menudo brillante, de la nueva ética del psicoanálisis que consiste en tomar al paciente como persona y no como objeto de estudio inerte, desde un enfoque hermenéutico, en un plano de igualdad. Esta es una postura ética y ¿por qué no? religiosa. Summers lo llama con gran acierto “movimiento romántico” en el psicoanálisis contemporáneo, a lo largo de la segunda parte, en la que cita A Eigen, Casement, Bion y muchos otros que han ayudado a concebir “lo inconsciente” como un adjetivo para calificar los procesos psíquicos, en tanto vivencias o experiencias. Se recomienda una actitud de “no conocimiento” (p. 53). La tentación de omnisciencia por parte del analista puede sofocar a la persona en la apertura de su indagación. Por ahí va la nueva “técnica” que se inició con la psicología del self.

No obstante, adoptar esta posición romántica es una decisión ética que no “inventa” propiamente nada, no surge espontáneamente del individuo analista sino que es una trasposición a la situación analítica de lo que realmente son nuestras relaciones interpersonales más satisfactorias, aquellas en las que el otro no es tomado como objeto sino como sujeto. Sospechamos que esta posición era la adoptada por los padres del psicoanálisis, aunque no siempre encontró adecuado reflejo en sus textos.

De principio a fin, Summers mantiene que el psicoanálisis ha pasado de ser un intento por explicar el psiquismo de forma positivista a convertirse en una ciencia de la subjetividad, tanto a nivel social como individual.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Rodríguez Sutil, C. (2015). Reseña de la obra de Frank Summers: “The Psychoanalytic Vision. The Experiencing subject, transcendence, and the therapeutic process”. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (1): 296-301. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

NOTAS

ⁱ Summers se refiere en este pasaje a “la” y utiliza predominantemente el femenino en sus exposiciones. El inglés se presta, no obstante, con mayor facilidad a este lenguaje no sexista. Pues, de entrada, no es habitual en castellano la expresión “la bebé”. Como hago en estas ocasiones, ruego disculpas por utilizar un modo de comunicación que en estos tiempos pueda ser tachado de discriminatorio, pero lo seguiré utilizando por cuanto creo firmemente que, por una parte, esa no es mi intención de fondo y que, por la otra, el reiterado uso del “ciudadanos y ciudadanas” puede estar ocultando imposturas acaso peores.